

Discurso Pablo V. Carlevaro en la despedida del decanato el 1° de diciembre de 1992
Salón de Actos de la Facultad de Medicina (Universidad de la República)

Se inicia el acto con unas breves palabras de un estudiante de AEM en nombre de los gremios universitarios ADUR, SMU y FEMI que entrega tres presentes a Pablo: un banderín de AEM con una inscripción “ A nuestro decano por 45 años de militancia universitaria AEM”, una pieza de arte realizada por estudiantes de Bellas Artes con texto en su reverso que dice “A Pablo Carlevaro 1969 – 1992 compañero universitario” firmado por AEM, ADUR, SMU, FEMI y Escuela Nacional de Bellas Artes y por último el afiche confeccionado para convocar al encuentro de despedida, encuadrado. Luego lo invita a hablar.

Todo esto es tan raro y tan diferente a como son los actos siempre, que yo esta vez diré, simplemente digo, compañeros. Creo que voy a intentar explicar por qué han hecho esto y voy a tratar de dar mi interpretación. Desde la antigüedad latina se conoce por Quintiliano las circunstancias de la retórica *quis, quid, ubi, quibus auxiliis, cur, quomodo* y *quando*. Algunos pensarán, al fin sabemos lo que piensa, hablando en latín debe ser del opus dei. *Quis* es quién, *quid* es qué, *ubi* es dónde, *quibus auxiliis* con qué ayuda, *cur* por qué, *quomodo* de qué modo y *quando* es cuando. Vamos por orden entonces.

¿Quién? Esto es tan raro, que yo me presento a mí mismo. Reconozco en mí que soy como lo he dicho alguna vez, y como todos ustedes, hijo devoto de esta casa. Yo sólo trabajé en esta casa. En el Departamento de Biofísica y en el decanato. Entré como ayudante del laboratorio de Física Biológica del Instituto de Ciencias Fisiológicas cuando tenía 21 años. Aquí cursó la mayor parte de mi vida, dí clase, investigué, cogoberné, hice uso abierto de la libertad de opinión que establece el artículo tercero de la Ley Orgánica. Sería injusto si no dijera que también trabajé en dos casas hermanas. En la entonces Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de la Habana – después Instituto Superior de Ciencias Médicas - y en la Universidad Autónoma Metropolitana – la UAM de Xochimilco, México – que en épocas muy duras, fueron también mi casa.

¿Qué? Lo esencial, el encuentro, la comunicación, no la despedida, porque no me voy. No un homenaje porque no cabe. A mí no me gusta. Y sobre mí, menos. Y todavía en vivo y en directo.

¿Dónde? Aquí, en el Salón de Actos de la Casa Madre, otra vez, de la Casa Madre.

Y ¿cuándo? Ahora, tan luego ahora, cuando acabo de llegar de un viaje y no tuve tiempo de escribir lo que quiero decir. Que por otra parte, es la garantía mayor que tengo para defenderme de la emoción.

¿*Quibus auxiliis*? ¿Con qué ayuda? El afiche dice que lo convocan los gremios. Todos los gremios de la medicina. Los gremios y particularmente la Asociación de los Estudiantes de Medicina, con 77 años, la más antigua de todos ellos. En donde recibimos tantos de nosotros la formación universitaria. La formación universitaria estaba en la actividad gremial que hacíamos hasta altas horas de la noche en esa otra casa.

¿Por qué? Porque finaliza el último período de decano y se retira y lo reconocen. Y acepto que me reconozcan como hijo devoto de esta casa. Me eligieron cinco veces. Cuatro, la Asamblea del Claustro. Una vez, el Consejo transitorio que se constituyó al recuperar la autonomía. Me destituyeron también en 1973. Es lo que yo llamo un honor sufrido. También me destituyeron como profesor, algunos meses después. Me dieron por renunciado. Cesó ahora el 25 de diciembre del '92. Nací predestinado con los brazos abiertos y la cabeza reclinada.

¿De qué modo? Con esta reunión, con este encuentro, que es algo natural entre nosotros, los universitarios de América Latina. Es lo que Gabriel del Mazo llama la cultura de reunión. En su libro que mucho leíamos en otro tiempo – poseo un ejemplar que mi amigo Roig, lejos de aquí, me

obsequió cuando me fui de México – titulado “Estudiantes y Gobierno Universitario” dice: “en la intimidad educativa y por cultura de reunión, se identifican los que enseñando aprenden con los que aprendiendo enseñan”. El “Estudiante Libre” publicó más de una vez ese capítulo que se llama “Universidad, República de estudiantes”. Y hoy apurado revisé toda la colección del “Estudiante Libre” y, naturalmente, no lo pude encontrar.

¿De qué modo? Con estas palabras donde yo soy el único orador, que no es afín con mi temperamento, aunque yo sea de hablar largo, nunca he sido el único orador. Y en donde además celebra por fin, con música de rock, que a mí me imponen mis hijos menores. Entonces como me dijeron que yo podía hacer hoy, tal vez por única y última vez lo que quisiera, yo los voy a invitar a que antes de oír la música de rock, oigan el primer movimiento de una sonata para violín y piano de Mozart, escrita en pleno período de madurez. Es, no una obra de un niño prodigio, sino una obra del talento consolidado. De manera que por unos minutos los invito a que oigamos esto. Así todo es más raro.

(Se escucha la sonata de Mozart completa)

Siempre tuve entre las fantasías “semicuerdas”, el hacer una reunión en que pudiera hablar de la música de Mozart. Por lo menos, como algunas cosas que se me ocurren a mí que soy totalmente lego y simple aficionado, ignorante de la técnica, pero que me parecen muy evidentes. Nosotros reproducimos en un “Estudiante Libre” viejo, editado en 1957, un artículo que me pareció magnífico sobre el talento creativo de Mozart. Si hubiera tenido tiempo se lo hubiera repartido a ustedes porque da para pensar desde el punto de vista médico, desde el punto de vista psicológico. Ese es el primer movimiento. A lo mejor si se da, podemos escuchar el segundo, después.

Yo confieso de corazón, porque no digo sino lo que pienso y eso me ha obsequiado algunas dificultades, dado que es costumbre riesgosa e impropia entre quienes ejercen funciones de gobierno, que hubiera deseado irme en silencio, con el alma en paz y dormida. Saliendo naturalmente de la casa después de haber sido decano tantos años y sabiendo para mi tranquilidad espiritual, que no existe bien mayor, que tras salir volvería a entrar en ella mañana con toda naturalidad, siendo esencialmente el mismo, exactamente el mismo, porque a los hombres no los hacen ni los títulos, ni las investiduras, los hace el ejercicio cotidiano de la dignidad. Esto fue lo que dije hace poco cuando dejó el Consejo Directivo Central mi antiguo compañero Carlos Reverdito, decano hasta hace poquito de la Facultad de Arquitectura.

Y porque salir, o terminar, o cesar, o morir, son hechos naturales, tan naturales como cumplir 65 años. Y si la muerte a esa edad es duelo, por el contrario el cese y la renovación de autoridades debe ser fuente de vida, de alegría y de esperanza, debe ser la ocasión de renovar compromisos de trabajo y de lucha; sí de lucha. Porque en estos tiempos que corren y en los tiempos que corrieron desde los fines de los '60 hasta el prólogo de la dictadura - en los tiempos de la dictadura había interventores que la representaban y cualquier otra mención o elogio sobran - en los tiempos laboriosos de la reconstrucción, el decano debe aprender, como el niño en la pampa desolada, a roer granito para llegar al agua. El decano debe aprender a ser tesonero clavo enmohecido, siempre dispuesto a volver y seguir siendo clavo aún viejo y arruinado. El decano debe aprender a quedarse solo – o casi solo - si de defender la dignidad se trata por más compacto y fuerte que sea o aparente ser el grupo y su aparato de sustentación.

Por razones básicamente ideológicas, de los atributos inherentes al gobierno y a la autoridad, quizás hay sólo uno que acepto sin reservas: el cese y la renovación. Las autoridades deben cesar y renovarse, ¿o es que no aprendimos que “la autoridad emana de vosotros”? Y cuando no emana de vosotros y no cesa por vuestra soberanía, la autoridad no es sino autoritarismo y la continuidad no es sino continuismo, y entonces más que nunca debe cesar.

Tal vez por la alegría natural porque termino, todos ustedes – admito que por motivos de cariño - me han recordado el alma dormida y me han avivado el seso. Sólo que deberán aceptar que me niegue a contemplar cómo han pasado 45 años de mi vida universitaria, porque me resisto a consumir este breve tiempo para hablar de mí mismo - lo cual es un estigma casi patognomónico de vetustez, de que se llega al arrabal de senectud –, que me resista a hablar de lo que hice o pude haber hecho, mejor sería que reflexionáramos juntos sobre lo que pudiendo hacer no hicimos, o sobre lo que no pudimos hacer aún queriendo y proponiendo. Y otra vez aparece Manrique diciendo “y pues vemos lo presente como en un punto es ido y acabado, si juzgamos sabiamente daremos lo no venido por pasado”.

Y como me habéis embretado en este corral de afecto, prometo corresponder el afecto, retribuyendo con brevedad y expresando las palabras más cortas que jamás pronuncié. Y ya veréis como cumplo esa promesa. Permitidme algunas reflexiones.

Las ideologías y las creencias, mucho más que proclamarlas o imponerlas absolutamente por ejercicio del poder o de la autoridad, hay que practicarlas preservando la coherencia entre dichos y hechos. El hombre se dignifica - o se descalifica - en la práctica. No siendo hindú ni brahmán, sentí que el Mahatma - además de un apóstol de su pueblo que practicaba revolucionariamente la no violencia - era esencialmente lo que su nombre significa: un alma grande. Todavía recuerdo cuando leí el título de su asesinato en el diario “El Plata”, se me erizaron los pelos de las manos. Mi tío Virgilio me había enseñado quién era el Mahatma y riéndose de mi delgadez me decía “el Ghandi”.

No siendo católico advertí, tal vez no sin vencer prejuicios, que Juan XXIII era pastor natural de un rebaño más grande del que suponíamos, que incluía a algunos infieles y excluía a muchos encumbrados y fieles dignatarios de la propia iglesia.

Nuestro ilustre y contemporáneo colega – sea pronunciado su nombre con respetuosa admiración y ternura: el Comandante Ernesto Guevara – hizo de su ideología revolucionaria una práctica cotidiana y natural, desde la cruzada del Granma hasta que el enemigo - tan poderoso e impotente a la vez - al asesinarlo y esconder sus restos lo redujo sólo a espíritu y así, lo inmortalizó para siempre.

Y ya que me avivaron el seso y me obligan a despertar, avancemos en el recuerdo de la cultura incorporada en la adolescencia y ya avanzado en el curso del agua, y aumentando el caudal de la corriente, tomemos conciencia de que “nuestras vidas son lo ríos que van a dar en la mar” y - suspendiendo por un minuto apenas la metáfora – digamos, sin poesía, que la mar es también el origen natural de la vida. Si hubiera tenido tiempo, esta metáfora del agua, esta justificación de que la mar es también la vida, estaría mejor escrita. Como antiguo profesor de Biofísica que fui hace ya algunos años, la vida es material y esencialmente agua, electrolitos y moléculas complejas, a veces alevosamente arregladas, como la actina y la miosina por ejemplo, siempre maravillosamente organizadas, otras veces codificadas, moléculas que debe haber sido o debe haber dado gran trabajo hacerlas o requerido gran ingenio e infinita paciencia de la naturaleza acertarlas. Y que constituyen la base material de sistemas autocontrolados en diversos niveles de complejidad, que siguen o persisten de algún modo, más complicado aún, que como persisten de manera más sencilla y biofísica el agua y los iones, y que con ayuda de la energía, su producción, su almacenamiento y su control son la base natural de complejos y asombrosos mecanismos naturales que llevamos adentro, por gracia de la naturaleza, que tanto misterio nos da para problematizar primero y decodificar después. Que llevamos adentro sin darnos cuenta, ni respetar. Porque respetamos poco y mal la vida y los derechos de todos los que viven, y las inquietudes del alma que no son sino producto superior y admirable de la vida que, por fin, inspiran los progresos tecnológicos y nos llenan estos sí de admiración y pretendemos imitar.

Y ya que rozamos la herencia diré que no hay sentimiento más alejado en mí que el aristocrático. He sido feliz considerando naturalmente a todos como mis iguales; las posiciones socialmente más altas no debieran generar sino responsabilidad y compromiso: solo cuando se asumen plenamente y con decencia se hacen acreedoras al respeto. Dice el refrán legitimando la herencia: “lo que se hereda no se roba”. Pero yo digo: es poco mérito no ser ladrón y no es mérito heredar sino, simplemente, suerte y fuente de responsabilidad.

A la herencia se agrega la educación y aunque no debiera ser así, también es suerte recibirla. La herencia es un fenómeno complejo pero natural. La herencia de predisposiciones morales y conductuales si es que existe en verdad es más complicada. En todo esto mucho más que mérito hemos tenido mucha suerte. Voy a contar una breve anécdota de mi adolescencia: una vez fui incorrecto con alguien que trabajaba en mi casa; mi padre - una asíntota enorme en humanidad a la cual siempre busqué aproximarme desventajosamente - sólo me dijo: “mi hijito, tú eres muy joven y aún no sabes lo que es ganarse la vida”. No lo olvidé nunca más. En mis ideas sobre la sociedad y los trabajadores, aquella discreta y serena lección de mi padre opera todavía. ¿Acaso el mérito es mío? El mérito es del maestro, de su pedagogía natural, de su estilo personal, de la forma empleada, de la autenticidad de los fundamentos, de la autoridad moral por ejercicio cotidiano del respeto a los demás. Entonces qué es lo único mío: la responsabilidad y el compromiso de aprender la lección tan simple, tan suave, tan firme como mesurada y por fin, tan tolerante ante mi error y mi postura antipática de señorito adolescente.

Se divertirían si les contara que la más certera percepción de mis defectos pertenece a mi madre. Solía decir con frecuencia y regodeo, que ella se desasnó el día que yo nací. Ella, de familia piemontesa, nacida en Cerdeña, criada en La Toscana, en Florencia y en Siena, emigrada desde Génova, también decía , ampliando el círculo de su crítica y recurriendo a su italianismo militante, que los Carlevaro aparentemente son italianos pero que en realidad son vascos. Recién exiliado en Buenos Aires, me escribió en italiano en una carta lo que siempre decía su padre al que no conocí: “La vita ricomincia domani”. Era un sabio mensaje para aquella época. Sigue siendo sabio para esta que empiezo ahora.

Mis tíos, agraciados del diablo, han sido para nosotros, para mis hijos, como padres, como abuelos y para mis nietos como bisabuelos. Amaron a todos, consintieron a todos, vivieron y por suerte aún viven para todos.

A los 39 años me dejó Lía. Que era una planta extraña y hermosa. Que floreció y fructificó tempranamente y se fue.

Creo que siempre fui, involuntariamente, desagradecido. Sin embargo, hoy no debo ser desagradecido. Y busqué la ayuda de mis compañeros para tratar de no olvidarme, al menos genéricamente, de nadie.

De mis ilustres antecesores, los decanos, de quienes mencionaré a Américo Ricaldoni, un enorme maestro de la medicina prematuramente desaparecido, llevado en hombros por los estudiantes. Conocí algo de él. Porque conocí a Don Julio, su hijo, el que fue decano de la Facultad de Ingeniería y vice rector de la Universidad, el que estuvo largo tiempo preso en la cárcel de San José y Yí por ser un santo. Menciono a Don Julio García Otero, notable maestro de nuestra generación. Yo fui alumno de Plá, que hizo conmigo cosas de padre. Acababa de morir el mío y Plá me hizo hacer una prueba en blanco de mi primer concurso de oposición; y cuando terminé de escribirla me dijo: “No, ahora no la leas, porque yo de eso no entiendo nada. Simplemente quería que te entrenaras y quería decirte cómo había que hacer una prueba escrita de concurso”. Pero Don Julio García Otero era un hombre - y como lo decían nuestros mayores en la Asociación - era un hombre de la Universidad. Y era un ejemplo de cómo en una Universidad liberal de un país liberal e

incrédulo, un devoto católico podía ser un ídolo del estudiantado y un hombre enteramente consustanciado con la Universidad. Recuerdo siempre como expresión de lo auténtico de su humildad, la frase que dijo en un homenaje a mi tío Virgilio Bottero, anarquista, colaborador de su clínica, prematuramente desaparecido. Dijo García Otero “aunque discrepábamos en ideas filosóficas y en creencias, él era mejor cristiano que yo”. El otro decano al que debo recordar es a Mario Cassinoni. Cassinoni fue un hombre de talento, un político en el sentido superior de la palabra, un hombre de preocupaciones por las cosas de todos, aquí adentro y en el país entero. Cassinoni fue un visionario de una Universidad nueva y un constructor en esta Facultad, tan luego en el período en que se iba a habilitar el Hospital de Clínicas. Y un constructor de la Universidad, tan luego en la inmediatez de la sanción de la ley orgánica. Y por último quiero recordar a un decano interino, a mi fraterno protector, a Julio Arsuaga. He dicho de Arsuaga todo lo que siento, pienso y quiero. Estamos en deuda en la publicación de un libro que testimonie el homenaje que se le hizo en la Facultad. Si no se editó aún, es por exceso de perfeccionismo. Por querer hacerlo demasiado bien como él lo merece.

Permítame que deposite todo mi respeto, todo mi cariño, toda mi solidaridad a la distancia, en todos los decanos que no están, en los que conocí y en los que no conocí, en su persona, Profesor Crottogini, con quien tengo lazos y vínculos de afecto que nacen o recuerdo desde mi infancia. Con él estoy unido por mi padre, de alguna manera somos familiares.

Quiero mencionar sólo algunas figuras universitarias que no están. Este año se fue José B. Gomensoro, maestro a su pesar. Maestro en el ejemplo, en la informalidad, en la generosidad, en la entrega. Hermano de mi tío Virgilio. Lo recuerdo en una tarde de invierno, gris, en el camarote de tercera del vapor Alsina; él, que había sido criado en una casa patricia, iba en el camarote de tercera del vapor Alsina a la guerra de España.

Y quiero citar ahora otros dos médicos del interior a los que conocí desde niño. Que fueron dos personajes muy fraternos entre sí, pero muy diferentes en su temperamento. Muy fecundos ambos, ambos médicos del interior. A Mario Rodríguez Zorrilla, uno de los hombres que conjuntamente con el Profesor Crottogini, mi padre admiraba más intelectualmente.

Y a Mario Pareja Piñeyro, un pionero, un impulsor, un hombre que veía el sentido social de la medicina - a pesar de que había sido internista y jefe de clínica neurológica inclusive - con una perspectiva cincuenta años adelantada a su tiempo. Tuvimos el honor de contarle aquí como consejero en el primer período de nuestro decanato y con ternura nos dijo que venía a acompañarnos por el recuerdo de nuestros mayores. Tuvimos la felicidad de entregarle una medalla de oro en nombre del Consejo con motivo de cumplir cincuenta años de médico, allá en Las Piedras.

Quiero agradecerles a mis asistentes académicos o a los asistentes académicos del decanato de la Facultad, porque no me gusta nunca usar el pronombre, el artículo posesivo. Y a las personas que desde la secretaría trabajaron conmigo, me apoyaron, hicieron por mí tantísimas cosas, a veces las más feas y sobre todo, me soportaron.

Y quiero agradecerle a los funcionarios de la Facultad. Y voy a buscar a dos que ya no están con nosotros. A Juan Cecilio López, que apoyó tanto el trabajo de la Asamblea del Claustro, que hizo y elaboró el Plan de Estudios y que era un funcionario maravilloso, aparte de un compañero y de un amigo. Que tenía una capacidad excepcional. Y cuando yo le daba a leer algo que yo había escrito, que él acababa de pasar a máquina, me contestaba: cuando yo escribo a máquina, no leo. Y quiero recordar también a Alvaro Matos, a Alvarito Matos, que las generaciones de estudiantes que sufrieron la intervención reconocieron como un apoyo, como un hombre cabal. Se nos fue, se nos fue prematuramente.

Y así como antes depositaba el testimonio de reconocimiento en todos los funcionarios a los que mucho esta Facultad y yo particularmente debo, esta vez quiero depositar en Héctor Abal, aquí presente, como testigo, como testigo de este funcionariado que también es hijo devoto de esta Facultad, el reconocimiento.

Quiero aprovechar esta circunstancia de hoy y esta libertad que los organizadores del acto me dan, para homenajear públicamente a Nelson Romero, un funcionario de la Intendencia de la Facultad, que ingresó como funcionario apenas dos años después que nosotros y que, como yo, se retira este mismo año. Me hago la autocrítica de que somos desagradecidos con los funcionarios cuando se retiran, por regla general, y está muy mal. Y si me preguntan por qué, no sabría qué contestar. Por eso hoy le pedí a Romero, o Romerito, mucho más gordo que cuando era un muchacho auxiliar de la Biblioteca, contemporáneo nuestro, que estuviera aquí presente y participara conmigo de este encuentro.

Por fin, de los funcionarios presentes voy a mencionar sólo a una, que trabajó conmigo permanentemente, que me conoce mejor que nadie, que es capaz de pensar y actuar como yo, que sólo le faltó hacerme un discurso, pero que sin embargo hizo un reportaje que publicó el diario "La República" y por el que un profesor de la Carrera de Comunicación me felicitó por lo bien que estaba. Yo le dije "No, felicite a la compañera, porque la autora del reportaje es ella". Este muchacho de poca experiencia había venido y había estado largo rato y había grabado y grabado y cuando trajo el papel escrito, sabedor yo de que era nuevo le dije "por favor, antes de publicarlo traigalo". Y lo leyeron los asistentes académicos y dijeron "eso no se puede publicar". Yo le pedí la grabación, que la trajera y humildemente la trajo. Y le dije a Susana Beca "con todo lo que usted sabe y la grabación, por favor, escriba este reportaje". Y el Profesor de la carrera de comunicación, que se llama Mario Kaplún, me felicitó. Yo aprendí con Susana Becca cual es la razón del nombre de secretaria. Porque con ella yo no tuve nunca necesidad de formular ninguna reserva, de guardar ningún secreto. Toda la información la compartimos siempre. Y, sé que es indulgente y perdonará todas las veces que me equivoqué.

De los compañeros de Biofísica y ciencias afines. Voy a mencionar los que no están. A Eduardo Migliaro. Un hombre formidable. También un maestro en la conducta a su pesar. A Miguel Angel Patetta, que fue el primer profesor de biofísica. A Venus González Panizza, mi compañero en la cátedra. Y quiero depositar en Ulises Gelós y en Elia Nunes, que es la profesora que me sustituye, que fue nombrada con el máximo reconocimiento por la unanimidad del Consejo, y que poco antes de inscribirse en el llamado me dijo que no quería inscribirse porque no quería que yo me fuera. Fijense como una persona talentosa puede ser a la vez insensata. Quiero depositar en ellos todo el cariño y el compañerismo que tuvimos desde siempre en el departamento de biofísica, que tantos valores docentes y científicos le dio a esta Facultad en tantos campos diferentes del quehacer - no para mérito nuestro - pero sí para orgullo legítimo de todos.

Y quiero recordar a dos compañeros con los cuales trabajé en una investigación multidisciplinaria, que fueron Washington Scarone, hematólogo, laboratorista, formado con mi tío Virgilio y José Luis Scoseria, el hijo de Don José Scoseria, entrañable y querido y viejo amigo.

Debo agradecer a los gremios que convocan a este acto y voy a hacer uso de la libertad de opinión. Voy a hacer uso libre y estricto del artículo tercero de la Ley Orgánica. Y me permito llamar la atención sobre la necesidad de fortalecer los gremios. Los gremios se debilitaron - sin duda - por incidencia de la dictadura. Se debilitaron también por pérdida de autonomía, debido a intromisión e intento de control indebido por parte de los partidos políticos. Sufrieron por defectos de formación en sus bases de militancia. En cierto momento para que un estudiante joven pudiera militar debía afiliarse a una agrupación política, si no, no tenía espacio; por suerte esto está desapareciendo. Los gremios son los pilares de cimentación de nuestros valores, de nuestros valores colectivos, de

nuestros valores conductuales, de nuestros ideales superiores. Los gremios, el Sindicato Médico del Uruguay, la Asociación de los Estudiantes de Medicina, la Federación Médica del Interior y la Asociación de Docentes de esta facultad. Los gremios son siempre expresión de lo mejor que somos todos colectivamente cuando funcionan con autenticidad. En circunstancias en que parecería que una nueva forma de corporativismo acorde a los valores de la economía de mercado irrumpe en el gremio médico, yo quiero reivindicar, reconocer y reverenciar el ideal superior de defensa de la sociedad, el sentido de servicio social que inspiró durante toda su trayectoria al Sindicato Médico del Uruguay.

Por último debo evocar, también colectivamente, a los compañeros de mi gremio, del gremio en donde nací y me crié en la vida universitaria, en mi formación universitaria, la Asociación de los Estudiantes de Medicina. No hay institución que yo personalmente aprecie más. No ha habido para mí frustración mayor que no haber podido trabajar fraternalmente con la Asociación de los Estudiantes de Medicina, porque sentí en cierto momento que no existía. Cuando vine aquí les dije con la persuasión con que canta el violín en el último movimiento del concierto de Beethoven, que reconstruyeran el gremio. Pasaron casi ocho años y siento que el gremio se está reconstruyendo, para suerte de mis sucesores.

Y al evocar la actividad gremial en la asociación y al dejar de mencionar tantos y tantísimos queridos compañeros y fraternos compañeros de militancia, debo reducir el recuerdo a alguien que era como un hermano mayor en la época en que desempeñábamos la secretaría de la asociación. Me refiero al recién graduado y joven docente Atilio Morquio. Que después fue un gran maestro de la medicina interna y que era ya, también a su pesar, un extraño y raro maestro. Lleno de talento que no sabía expresar expositivamente. Lleno de conocimiento, con una capacidad de almacenamiento y metabolización como pocas veces vimos. Y quiero dejar en la persona de mi fraterno amigo y compañero de Morquio en aquella época Elio García Austt, el testimonio de ese cariño y de esa gratitud.

No sé si ustedes están dispuestos a oír el segundo movimiento del concierto de Mozart (de la sonata para piano y violín de Mozart de la cual se había escuchado ya el primer movimiento). Si no sigo, pero recomiendo a Mozart antes que a mí. Es un movimiento lento.

(Se escucha el segundo movimiento del concierto de Mozart ya mencionado)

Tras estas consideraciones, entonces, respetemos al poeta y dejemos de mutilarlo ingenuamente, diciendo que nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es también el origen de la vida. Y digamos como él, sabiendo que la mar es el origen de la vida “nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir“. Y por lo que dijimos, el morir del individuo se asocia a la continuación de la vida en un sistema mayor, al cual pertenecemos mucho más modestamente, inadvertidamente sin apariencia evidente. Y allí van los señoríos, los ríos caudales y medianos y más chicos, y allegados somos iguales: iguales y libres, los que viven por sus manos y los ricos.

Para mencionar los atributos esenciales de mi ideología, de una antigua ideología revolucionaria que sigue siendo necesaria, porque en el mundo después de tantos siglos de historia, sufrimientos, creación e inventos y luchas, no hemos sido aún capaces, de ser libres e iguales. Quizás porque nos ha faltado un atributo esencial en la praxis social: ser ante todo fraternos y solidarios. O porque nos ha sobrado una praxis maldita: la crueldad, que ha hecho que nos faltáramos en el respeto a nuestros derechos más naturales y prójimos. Yo, que como Santo Tomás Apóstol, no creo sino en lo que veo, digo con sinceridad y convicción revolucionaria, consustanciado en las raíces revolucionarias del cristianismo, en la peripecia humana, en la aventura humana, nos ha faltado amar al prójimo como a nosotros mismos.

Aquí en esta tierra nuestra, donde todos protestamos y proclamamos siempre quererla tanto, nos hemos faltado el respeto, nos seguimos faltando el respeto. La injusticia y la marginación, los hambrientos y los desnutridos, no retroceden sino avanzan; la necesidad de luchar por la equidad - como ciudadanos, como universitarios y como médicos - es un mandato moral.

Queridos compañeros que ni me despiden, porque no me voy, ni me homenajean, porque no lo merezco ni lo acepto, queridos compañeros que se convocaron seguramente por azar y travesura para celebrar años, fechas, calendarios, todas cosas en las que sobre todo descreo, recuerden siempre que “a pesar del dolor y la injusticia la vida es buena”. Pero, para que lo sea, hay que luchar indeclinablemente, hay que correr nuestro tramo de relevo hasta quedar exhaustos en esta larga e interminable posta que tiene por meta dignificar al hombre.

Por fin, y aquí no es fórmula de práctica: muchas gracias. Muchas gracias por vuestra fraternidad presente, por tanta ayuda recibida, por vuestra indulgencia para tolerar mis defectos y las intemperancias ocasionales del carácter, por tanta simpatía para exagerar mis virtudes y reconocer mi trabajo.

Por lo expuesto, es cuestión natural y no forma retórica que me permita a mí mismo esquivar el cierre y las angustias del adiós y entonces diga, al borde de la felicidad de la vuelta a la llanura, hasta siempre.